

REGALO GRATIS · CAPÍTULO 1



Cuando has perdido la fe

¿Realmente la puedes recuperar si estás destrozado?

CAPÍTULO 1

La pérdida silenciosa de la fe

José Nito Morales Aguilera

La pérdida silenciosa de la fe

Voy a contarte algo que viví, porque estoy seguro de que no soy el único.

Hubo una temporada en mi vida en la que todo se veía bien. Dios me estaba bendiciendo, las cosas fluían, había provisión, había fruto de mi trabajo. Y ahí, justo ahí, empecé a soltar sin darme cuenta lo más importante: dejé de orar como antes, dejé de buscar a Dios de verdad, dejé esa intimidad que en algún momento tuve con Él. Pero como las bendiciones seguían llegando, ni siquiera lo noté. Pensé que porque me seguía yendo "bien", seguía cerca de Dios. Craso error.

Es como cuando traes el tanque de gasolina lleno y manejas sin ver el medidor: mientras el coche avance, no te preocupas. No revisas cuánto queda, no calculas cuánto te falta, simplemente confías en que vas a llegar. Así viví yo esa temporada: con el tanque de la bendición de Dios lleno, manejando sin voltear a ver cuánta cercanía real me quedaba con Él. El motor seguía andando, así que asumí que todo estaba bien. Nadie te avisa cuándo se te está acabando la gasolina espiritual hasta que el coche empieza a fallar.

"No acabará de romper la caña quebrada, ni apagará la mecha que apenas arde. Con fidelidad hará justicia" (Isaías 42:3, NVI).

Si hoy sientes que tu fe es apenas una mecha humeante, casi sin llama, esa promesa es para ti ahora mismo, no para cuando ya la hayas arreglado tú solo: Dios no apaga lo que está débil, lo sostiene mientras te acerca de nuevo a Él.

Así es como se aleja uno de Dios muchas veces: no de golpe, no con un portazo. Se aleja poquito a poco, mientras sigue viendo bendiciones que en realidad ya venían de antes, y confunde la cobertura de Dios con su propia cercanía a Él. Uno cree que está bien, cuando en realidad ya lleva rato caminando solo.

A eso me refiero cuando digo que es el camino perfecto hacia el abismo: no porque sea bueno, sino porque es imperceptible. No hay una señal de alarma, no truenan ningún trueno el día que cambias quince minutos de oración por cinco. La Biblia dice que ni siquiera hace falta un enemigo que se presente como enemigo para lograr su propósito: "Satanás mismo se disfraza de ángel de luz" (2 Corintios 11:14, NVI). No hizo falta que me tentara con algo obviamente malo; bastó con que la rutina, el trabajo y el cansancio se vistieran de normalidad, de responsabilidad, de "así es la vida adulta", para que yo bajara la guardia sin darme cuenta. Ese es el peligro real: el camino que te aleja de Dios casi nunca se ve como una caída. Se ve como una vida ocupada, exitosa, en paz aparente.

Hay una historia del Antiguo Testamento que retrata esto de una forma que se me quedó grabada. Sansón pasó años confiando en su propia fuerza, jugando cada vez más cerca del peligro, hasta que terminó dormido mientras le cortaban el cabello que representaba su consagración a Dios. Cuando los filisteos vinieron sobre él, reaccionó con la misma confianza de siempre: "Sansón despertó de su sueño y pensó: 'Me escaparé como las otras veces, y me los quitaré de encima.' Pero no sabía que el Señor lo había abandonado" (Jueces 16:20, NVI).

Eso es lo que más me impacta de esa historia: Sansón no se dio cuenta de que la presencia de Dios ya no estaba con él. Siguió

actuando con la misma confianza, esperando el mismo resultado de siempre, sin saber que algo esencial ya se había ido. A mí me pasó algo parecido: seguí orando por costumbre, seguí sirviendo por inercia, y ni siquiera noté el momento exacto en que dejé de sentir realmente la presencia de Dios en lo que hacía. Se puede seguir haciendo los mismos gestos religiosos durante meses, incluso años, sin que eso signifique que la cercanía real sigue ahí.

Y así, sin darme cuenta, un día desperté y ya no tenía lo que más amaba: la comunión con mi Dios. Perdí cosas que pensé que jamás iba a perder. Se me vino encima una crisis que tocó todo: mi hogar, mi estabilidad, mi paz, mi rumbo. No fue una sola cosa la que se cayó; fue como si al primer golpe se hubiera aflojado todo lo demás, y en cuestión de meses vi caerse, una tras otra, las piezas que yo creía que sostenían mi vida. Y ahí, hasta abajo, fue cuando por fin volteeé a ver a Dios de nuevo: no solo a reconocer que existe o que es poderoso, sino a buscar su rostro — ya no desde la comodidad de las bendiciones, sino desde el quebranto real.

Quizás en este punto tú también estás pensando: "yo no soy tan malo como para que Dios se haya alejado de mí" o "a mí no me pasó nada tan grave, solo dejé de ir a la iglesia". Te entiendo, porque yo pensé lo mismo. Pero no se trata de qué tan grave se vea tu caso comparado con el de alguien más. Se trata de reconocer, sin excusas ni comparaciones, en qué momento dejaste de buscar a Dios de verdad. Ese reconocimiento —por pequeño que parezca— es el primer paso de todo este camino. No esperes a caer hasta el fondo: quizás ya estás alejándote poco a poco de Dios, y es tiempo de parar y regresar antes de que sea más difícil.

Si estás leyendo esto porque a ti también se te vino todo abajo, quiero decirte lo que a mí me costó tanto entender: tu quebranto no

te descalifica. No te saca de la jugada. La Biblia no habla de un Dios que espera a los que llegan completos, sino de uno que sale a buscar a los que están destrozados.

"Supongamos que uno de ustedes tiene cien ovejas y pierde una de ellas. ¿No deja las noventa y nueve en el campo, y va en busca de la oveja perdida hasta encontrarla?" (Lucas 15:4, NVI).

Ese pastor no se conforma con lo que ya tiene seguro. Tiene noventa y nueve ovejas a salvo, un rebaño completo por el que cualquiera diría que ya cumplió, y aun así deja todo eso para ir por la única que está perdida, herida, quizás destrozada en algún barranco. Así es Dios contigo. No te ve como una más del montón, ni como alguien que ya no vale la pena buscar porque, total, tiene otras noventa y nueve. Dios es un caballero: no te va a forzar a regresar, pero tampoco te suelta. Sale a buscarte a ti, aunque eso signifique, por un momento, dejar al resto del rebaño. Tu quebranto no lo aleja de ti. Lo mueve a salir a buscarte.

"El Señor está cerca de los quebrantados de corazón, y salva a los de espíritu abatido" (Salmo 34:18, NVI).

Cerca. No lejos, juzgando. No llevando la cuenta de lo que hiciste mal. Cerca.

Eso significa que no necesitas "estar mejor" antes de orar de nuevo, ni tener un discurso perfecto antes de hablar con Él. Puedes acercarte hoy mismo, tal como estás, porque la cercanía de Dios no depende de tu condición: depende de la suya.

Esa cercanía me recuerda al padre de la parábola del hijo pródigo. La Biblia dice que cuando el hijo menor "todavía estaba lejos, su

padre lo vio y se compadeció de él; salió corriendo a su encuentro, se le echó al cuello y lo besó" (Lucas 15:20, NVI). Nota que el padre no esperó a que el hijo llegara limpio, arreglado o con un discurso perfecto de disculpas. Salió corriendo cuando todavía estaba lejos. Así es Dios contigo también: no espera a que llegues completo para correr a tu encuentro.

Ese es el punto de partida de este libro: tu ruina no es el final de la historia con Dios, puede ser justo el lugar donde Él te está esperando para empezar otra vez.

Este libro no te va a dar una fórmula de "tres pasos y ya". Es una invitación honesta a que reconozcas en qué momento dejaste de orar sin darte cuenta, a que nombres lo que perdiste, y a que empieces a caminar de regreso al altar, aunque sea despacito. No te voy a pedir que finjas una fe que ahorita no sientes. Solo te pido que sigas leyendo una página más.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿En qué momento dejaste de orar o de buscar a Dios sin darte cuenta, mientras seguías viendo bendiciones en tu vida?
2. ¿Qué fue lo que se te vino abajo cuando por fin volteaste a ver la distancia que habías puesto entre tú y Dios?

UNA ORACIÓN PARA HOY

Señor, hoy reconozco que me alejé sin darme cuenta, confiando en las bendiciones y no en mi cercanía contigo. Perdóname por confundir tu provisión con tu presencia. Hoy quiero volver, aunque sea quebrantado. Gracias porque no esperas que llegue completo para recibirme. Amén.

¿Quieres seguir leyendo?

Este fue solo el primer paso. El libro completo tiene 10 capítulos, una guía de preguntas para grupos pequeños, y un índice de todas las citas bíblicas usadas.

WhatsApp: +52 782 398 0595

Correo: jose.nito.aguilera@gmail.com

© 2026 José Nito Morales Aguilera · Todos los derechos reservados.